

CON LA CÁMARA EN RISTRE...

José García Vico

Desde que me aficioné a la fotografía, la cámara y un servidor casi hemos sido un solo cuerpo, algo así como el de aquel hombre a una nariz pegado... sintiéndome incompleto cuando aquella no me acompañaba y el destino se empeñara en ofrecerme más atractivos que cuando la llevaba al lado.

Mi afición fotográfica nació como es corriente con el nacimiento de mis hijos, por aquello de recordar tan fausto acontecimiento y luego, sus juegos y gracias, cuando estaban tan tiernos y ricos para haberlos comido... (disculpen mi instinto caníbal), llevándose la palma el primero de ellos por la novedad, aunque los demás no pueden quejarse de no haberlos fotografiado ora solos o acompañados de sus hermanitos. Después, me dio por fotografiar todo lo que me rodeaba, agotando los temas, el entorno, rápidamente, incluso cuando llegué a Granada, que ya es decir, augurándome mis amigos y compañeros un gasto tal, que acabaría arruinado, dadas las maravillas que encierra la ciudad nazarí, pero sus pronósticos no se cumplieron e insatisfecho, viajé a otros paraísos... convirtiéndose la dichosa máquina en el 'leitmotiv' de mis viajes por otros mundos, trayéndome en la retina del invento, casi todo lo que veía... para luego en el reposo, volver a aquellos lugares sin moverme de la butaca ni leer, por aquello de que una imagen vale por no sé cuantas palabras, lo cual no es del todo verdad. Los japoneses y un servidor, hemos llegado a la conclusión de que todos los excesos son malos, pues mientras se fotografía buscando 'ángulos'... se pierden las explicaciones y muchos detalles dignos de contemplarse sosegadamente sin los cuales el viaje queda cojo.

Ahora bien, aparte de los abusos, la fotografía ha sido un invento maravilloso, creando en su momento cierta alarma en el arte de la pintura por considerar que ésta había muerto en la opinión del pintor francés Paúl Delaroché en 1.839, el año en que Louis Daguerre anunció su descubrimiento. También desde el arte, otro grupo de artistas afirmaba que la fotografía era una ciencia, no un arte; un proceso

puramente mecánico que nunca podría competir con el sentimiento de la mano sensible del pintor o dibujante.

Al margen de las opiniones de primera hora y tranquilizados los espíritus, se ha descubierto que ser aficionado a la fotografía hace tener una sensibilidad especial para ver las cosas de otra manera, como desde otra óptica, algo que no te puedes quitar, que te marca en tu manera de ser, pues como alguien ha dicho, el fotógrafo trata de observar lo que sienten los demás. Yo, continúa el opinante, suelo ver la foto en la mente y salgo a por ella. Lo que ocurre también es que hay muchas veces que he hecho fotos que no están en el papel, pero las he hecho. Tengo secuencias de mi vida convertidas en imágenes. Las tienes en tu mente y las harás alguna vez. Suscribo totalmente esta opinión, hasta el punto, que guardo más de un folio escrito con el título: 'Las fotos que no hice', pero que están presentes en mi retina como las grabadas en el celuloide.

La fotografía y en general todo arte, conforma una arquitectura de la mirada; de algún modo nos enseña a mirar la realidad y la transforma, presentándonosla en una suerte de espejo que nos abre un mundo paralelo y reconocible, pero no exactamente igual al reflejado, sino revelador de perfiles, luces y sombras que, inadvertidos habitualmente, se agazapan tras las imágenes cotidianas.

El pensador Edgar Morin, en su obra 'El cine imaginario,' señala que la fotografía es en el estricto sentido del término, presencia real de la persona representada. En la fotografía se puede leer el alma de la persona, su enfermedad, su pensamiento, su destino, incluido en mayor o menor grado, el equipaje emocional del fotografiado.

Caster Bressón, nos habla del instante decisivo de la fotografía: No trabajo nunca en el laboratorio. Lo que me interesa es el disparo del momento, el instante decisivo de la fotografía. Para dar significado al mundo es preciso sentirse implicado en lo que se descubre a través del visor. Es poner en el mismo punto de mira la cabeza, el ojo y el corazón. Fotografiar es una forma de comprender. Es una forma de gritar, de liberarse, no de demostrar ni afirmar la propia originalidad. Es una forma de vivir. El hombre ha inventado la fotografía para poseer lo que ama, lo que desea.

Una imagen en papel, ya sea en color, sepia o en blanco y negro. Así podría resumirse, tan somera, falsa y torpemente lo que es una fotografía. Porque esa imagen es nada más y nada menos que un trozo de vida. Una lágrima, una sonrisa, el estupor, el miedo o la alegría, cobran sobre el papel la importancia del documento. Así opinan las mujeres a través de un trabajo titulado 'El siglo XX visto con ojos de mujer'.

Quizás Maggie Steber resume muy bien la satisfacción que supone dedicarse a la fotografía: Si cada foto representa una experiencia o un recuerdo, puedes mirar hacia atrás y repasar toda tu vida. A veces quisiera abarcar con los brazos a todas las personas que he fotografiado, atraerlas hasta mi corazón como cuando una mujer coge flores o frutos en el delantal y llevarlas siempre conmigo. Esas personas son mi familia, unidas para siempre por el 'clic' del disparador y un instante congelado en el tiempo.

Y para finalizar estas opiniones, lo vamos a hacer otra vez con mujeres, como protagonistas de un trabajo de Micher Tournier, titulado: 'Fotos de mujeres'.

¡Las mujeres y los niños primero! Esta tradicional exclamación pronunciada por el comandante de un barco que naufraga, parece más válida ahora, cuando uno se refiere a la fotografía. Las estadísticas demuestran, en efecto, que las tres cuartas partes de las fotos hechas cada año en el mundo tienen por protagonistas a las mujeres y las niñas. Es necesario añadir que las han hecho los hombres, para poseer lo que se ama o lo que se desea en 'efigie'. Cuando son las mujeres las que manejan la cámara, todo cambia: su mirada deja de ser la de un ave de rapiña para transformarse en la de una amiga sobre todo cuando es otra mujer la fotografiada, estableciéndose una complicidad, un abandono confiado que se añade a la cualidad humana de sus imágenes.

La Verónica. El nombre de esta mujer piadosa quiere decir imagen verdadera. Verónica secó con su velo el rostro rebosante de sangre, las lágrimas y el sudor del Salvador. Y el milagro se produ-

ce. El rostro de Jesús imprimió su imagen sobre el velo de la Verónica. Es ella, una mujer, y ningún otro, ni Niepce ni Daguerre, quien inventó la imagen verdadera, la imagen fotográfica.

El que fuera gran director de fotografía en el mundo del cine, Néstor Almendros, nos descubre en una interesante entrevista hace años, los trucos empleados en fotografía en los estudios cinematográficos para corregir o aumentar la fotogenia de las actrices de turno cualquiera que fuera su edad. Luego, se refiere a las distintas estrellas que fueron fotografiadas por él y los defectos a corregir o a resaltar la belleza de sus rostros y hacerlo en blanco y negro y esto para el retrato es muy agradecido, pues en una película en color, en los primeros planos suele hallar demasiada información visual en los fondos y esto distrae lo principal, que es el rostro. Por eso es que de las antiguas películas en blanco y negro se recuerdan tanto los rostros de las actrices. Todavía los cinéfilos exclaman con nostalgia: ¡Dietrich!, ¡Garbo!, ¡Lamar! ¿Por qué? Sin duda porque eran en blanco y negro, y entonces aquellas figuras, en primer plano, parecía como si tuvieran luz propia. Era como si fuera un objeto luminoso, que se destacaba brillante, como si saliera de la pantalla. Pero hay en ellas algo en común, algo determinante el que al ser retratadas salgan bien.

Lo cierto es que la cámara de cine ama a ciertas mujeres y a otras no. Diré para empezar que el misterio de la fotografía, de la fotogenia, es una cuestión de huesos, de esqueleto. La persona que no tiene huesos es difícil de iluminar. Es decir, si se fija uno bien en las grandes bellezas que ha habido en la pantalla como Greta Garbo, Marlene Dietrich o Ava Gardner, se verá que todas tienen una cara ‘estructurada’. Es decir, tiene una buena nariz, no una naricita, tienen arcos superciliares bien definidos, bien dibujados; tienen pómulos salientes marcados; tienen mandíbulas espléndidas. Todo esto determina que la luz se pueda ‘agarrar’ de algo, creando juegos de sombras en sus rostros, con zonas que sobresalen más que otras. Si la cara es más bien plana, entonces la luz no tiene donde ‘caer’. Marlene Dietrich, al comenzar en el cine tenía una cara muy redonda, pero cuando se instaló en Hollywood le pidió al dentista que le sacara todos los ‘molares’ lo cual le acentuó sus famosos pómulos.

Existe también el sistema de ocultar los defectos de una actriz retratándola en sus ángulos buenos. Ya se sabe, hay personas que tienen un perfil mejor que otro, que tienen rostros muy desiguales. Con un lado bien distinto al otro, o no tienen una nariz recta. Si éste es el caso, el fotógrafo deberá poner la luz principal en el lado contrario adonde se inclina la nariz,

Si una actriz tiene una cara más bien redonda, no se debe iluminar con la misma intensidad los dos lados, porque entonces se le ensancha todavía más el rostro. Iluminaremos sólo media cara, y la otra la podemos dejar en penumbra. En cambio cuando se trate de una cara alargada, si se ilumina sólo de un lado podrá aparecer excesivamente delgada. Una luz frontal le convendrá más.

Hay una luz que se puede aplicar tanto a la naturaleza como en el cine, que es la luz que procede de arriba. No hay rostro que la resista. Por eso en el trópico, las mujeres casaderas sólo salían a la calle en la 'atardecita,' ya que era más suave y mejoraba su semblante. Si salen al mediodía, la sombra bajo los ojos no permite apreciar la mirada y bajo la nariz forma como un bigote.

En los estudios cinematográficos como en la casa, una luz que viene de arriba sólo debería iluminar una planta o un cuadro, pero no un rostro. Las luces que favorecen más son las laterales, de lámpara: luces que no sean crudas, sino suaves y tamizadas. Por eso, las pantallas de las lámparas caseras fue un gran invento.

Los ojos son también muy importantes, y las personas que son de pelo oscuro y ojos claros son las que salen ganando en el cine, porque se establece una dialéctica de contraste en su rostro. En cambio, las rubias con ojos muy claros son más difíciles de retratar porque se produce visualmente cierta monotonía.

La mayoría de las actrices famosas tienen la tez más bien blanca, sin bronceado alguno. En general, el bronceado de la piel 'monocromiza' demasiado para la pantalla.

La manía del bronceado es relativamente bastante reciente. Hasta la década de los veinte... se consideraba más bien un defecto. Las mujeres salían con sombrilla para no quemarse.

Hay artistas de cine con fama internacional que, en persona, resultan sin relieve y bastante feas ¿Tienen algún secreto en esta imagen superior de sí mismas que proyectan en la pantalla? Se trata sin duda de una irradiación de la personalidad interior que sólo capta la lente. La cámara actúa de cierta manera, gracias al primer plano, como microscopio.

Hay que recordar que no hay nadie perfecto, que hasta la persona más bella del mundo tiene un defecto. Entonces, el quid de la cuestión está en ver cual es o son defecto, y la astucia consiste en conseguir que esos defectos no se vean en la pantalla. Las actrices, de todos modos saben en general cuales son sus propios defectos porque se conocen bien, y agradecen que se le descubran.

Hay otra forma de ocultar defectos; por medio del maquillaje correctivo. Si una actriz tiene la línea del pelo muy baja (caso de Rita) se le depila y se le agranda la frente. Otros medios, son los ya apuntados, utilizando la luz. La estatura se suele corregir con un cajón... siempre que no se le vean los pies... ¡Claro!

A veces eso de la estatura es cuestión de personalidad. Las estrellas con personalidad fuerte siempre parecen más altas. Meryl Streep parece más alta que es en realidad fuera del cine. También una excesiva delgadez no resulta fotogénica. La manía de la delgadez no parece correcta en la opinión de los entendidos. Creen que la mujeres de antes, con sus formas redondas, tenían más belleza.

Un director que se precie (de fotografía) debe trabajar de acuerdo con el peluquero, el diseñador de vestuario y el maquillador y se hacen pruebas de 'preproducción', se discuten y se decide con el director el 'look' final... Y con esta parrafada, vamos a poner fin a la 'película' de la importancia de la fotografía y de su magia, junto con un admirado recuerdo al ilustre doctor y fotógrafo, Don Arturo Cerdá y Rico, adelantado, en aquellos lejanos años, del arte fotográfico moderno, dentro y fuera de España. Salve.